

La muchacha ciega
(Millais)

Te has sentado de espaldas a un arco iris doble
que no ves pero sientes: tus mejillas
aún húmedas de lluvia se encienden – ha venido
el sol tan de repente, con tan buenas
palabras, que el rubor...– En tu harapiento
regazo se entreabre
tu anciano acordeón con un suspiro.

Oyes pastar, revuelo de plumajes
azules. La campana
del santuario gótico está a punto
de tocar a oración. Tu frágil guía
olfatea en tu mantilla: huele a hermana
mayor, a estambre húmedo,
a todos los caminos.

Por fijarme
en una mariposa roja y negra,
que se posó en tu hombro sin que tú lo notaras
–así llega la muerte a los arcángeles–.
no he visto que tu mano
derecha acariciaba una corola
blanca. ¿Cómo has sabido que era blanca?